

La crisis internacional y sus implicancias para un modelo de desarrollo

LA HISTORIA DEMUESTRA QUE LOS PROCESOS DE DESARROLLO MÁS EXITOSOS SE HAN DADO EN EL MARCO DE LA REPRODUCCIÓN MATERIAL DEL CAPITAL FÍSICO Y HUMANO POR SOBRE LA ESPECULACIÓN FINANCIERA. PROCESO EN EL CUAL LA INTERVENCIÓN DEL ESTADO COMO REGULADOR DE LA ECONOMÍA E IMPULSOR DE LA INDUSTRIALIZACIÓN FUE DETERMINANTE.

LA CRISIS INTERNACIONAL HA DEJADO UN CONJUNTO DE ENSEÑANZAS CRUCIALES PARA LOS PAÍSES PERIFÉRICOS EN TORNO A CUÁLES SON LOS PILARES GENUINOS DEL CRECIMIENTO. PERO TAMBIÉN HA PUESTO AL DESCUBIERTO LA LÓGICA IMPLÍCITA EN LAS RECOMENDACIONES DE POLÍTICA QUE REALIZAN LOS PAÍSES CENTRALES AL RESTO, QUE TIENDEN A SER CONTRARIAS A LAS QUE ELLOS MISMOS APLICARON EN EL PASADO.



FERNANDO GRASSO

Lic. en Ciencias
Económicas UBA.
Director de Estudios
Económicos de ADIMRA.
Vicepresidente de la
Sociedad Internacional para
el Desarrollo (SID) - Capítulo
Buenos Aires.

Abstrayéndonos de sus consecuencias más inmediatas, la actual crisis internacional ha puesto de manifiesto una serie de inconsistencias propias al sistema económico mundial vigente ya hace varias décadas. Sería incorrecto, entonces, atribuir a los acontecimientos recientes algún tipo de “generación espontánea” o singularidad circunscripta a la acción de algún sector (financiero), empresa (*Lehman Brothers*) o grupo de personas (Bernard Madoff y compañía).

Todo hecho puntual se da en un contexto determinado y bajo la influencia gravitacional de un proceso histórico insoslayable. El avance de la globalización, en el marco de una hegemonía indiscutible por parte de los Estados Unidos, ha sido instalada como un hecho aparentemente “inevitable”, convirtiéndose en una institución rectora del orden mundial. Con algunos bemoles y a efectos reduccionistas, ello implicó una creciente liberalización del comercio, el predominio de los mercados financieros como motor del crecimiento y la reducción de las funciones del Estado, apartándose de diversos ámbitos de acción.

Sin embargo, estos procesos, impulsados por la mayoría de los países centrales, se dieron con mayor profundidad

e implicaron un cambio de rumbo más rotundo en los países periféricos (América latina y los ex-países socialistas), coaccionados por el “nuevo” orden económico que marcaba el “camino a seguir para el bienestar de toda la población” y que utilizó como actores de peso a los organismos multilaterales (OMC, FMI, Banco Mundial, etc.). No obstante, una simple evaluación de este período, permite concluir que no sólo los países en desarrollo no han cerrado la brecha de ingreso con los países desarrollados, sino que ésta se ha ampliado. Período en el cual se han sucedido terribles crisis políticas y económicas, con implicancias sociales de envergadura. A su vez, aún cuando el producto bruto mundial per cápita se ha expandido notablemente, tanto en valores como en cantidades, las desigualdades sociales han llegado a niveles nunca antes vistos. Y ello es cierto no sólo en la comparación entre países sino también al interior de los mismos. Si bien las naciones menos desarrolladas han sido los grandes perdedores, los países centrales no han estado ajenos a esta dinámica. Sin dudas, el hecho de que la actual crisis internacional haya tenido epicentro en sus economías, sugiere un profundo

cuestionamiento a los cimientos implícitos en este sistema y su lógica de crecimiento. De hecho, existen algunas señales en este sentido, pero aún resultaría muy apresurado avizorar un desenlace más mediato al respecto.

Sin embargo, lejos de abordar cuestiones como la continuidad del régimen capitalista y su sustentabilidad socioeconómica-ambiental, en este escrito focalizaremos la mirada en sus implicancias conceptuales para el desarrollo de los países periféricos, en particular, para la Argentina.

Una primera conclusión que surge como derivación lógica de los párrafos anteriores, pero fundamentalmente de la experiencia local en 2001-2002, es que no es posible basar una estrategia de crecimiento genuino en la especulación financiera y sus derivados; la cual consiste, básicamente, en la generación de una ganancia líquida mediante la simple circulación del dinero sin ninguna contraprestación real o adición de valor. Difícilmente sea viable una estrategia de este tipo si lo que se busca es una mejora sustentable en las condiciones de vida de la ciudadanía en su conjunto.

En el caso argentino ello tiene un componente negativo adicional que es su condición de subdesarrollado, entendiendo por ello a una estructura productiva con menor valor agregado y productividad en relación a los países emisores de capitales financieros, que además se rige por una reserva de valor que no es su propia moneda, estableciendo de hecho un patrón-divisa (dólar) en su economía.

Bajo estas circunstancias, este tipo de crecimiento requiere la constante captación de flujos de capitales internacionales que, al considerar a la Argentina un mercado “de riesgo”, ingresan al país si y sólo si la tasa de interés es lo suficientemente elevada. Entre otras cuestiones, ello deriva en una presión sobre el tipo de cambio (que a su vez asegura o aumenta la ganancia “real” de dichos capitales) reduciendo la competitividad de los bienes elaborados localmente, favoreciendo su importación y generando un incentivo binario a los agentes del mercado: o se suman a

la especulación financiera o se vuelcan a la prestación de servicios (que ofrece buenas oportunidades de obtener utilidades en “moneda fuerte” sin competencia alguna).

Sin considerar siquiera la inestabilidad que genera este sistema según “el humor de los inversores internacionales”, la consecuencia de ello es una economía que, cuanto más capitales recibe, mayor es la inconsistencia entre los niveles de consumo y producción real, generando crecientes déficits comerciales y fiscales que requieren la captación del ahorro externo, retroalimentando todo el ciclo y derivando en un mayor endeudamiento crónico. La especulación financiera, entonces, no puede generar riqueza genuina en tanto se basa, fundamentalmente, en activos líquidos (generalmente intangibles) cuyo precio de-

Este modelo económico, que en la Argentina se implementó a partir de mediados de los '70 y tuvo sus mayor apogeo en la década de los '90, incorporó, como ningún otro país en el mundo, una brutal e indiscriminada apertura comercial, se liberalizaron los mercados (aunque en la práctica se generó mayor concentración) y la extranjerización/destrucción de los sectores estratégicos. Montado en una expansión del consumo como la descripta, y bajo estas condiciones de apertura y abandono de los sectores productivos, los bienes transables comenzaron a ser desplazados por la importación, dando lugar a una estructura económica desarticulada, desindustrializada, con menor complejidad y menor contenido tecnológico.

pende de la expectativa subjetiva sobre su propio precio futuro. Basta con que dicha expectativa cambie, por el motivo más insólito, para que aquello que hasta hoy valía cien pase a valer uno de un momento a otro...

Este modelo económico, que en la Argentina se implementó a partir de mediados de los '70 y tuvo sus mayor apogeo en la década de los '90, incorporó, como ningún otro país en el mundo, una brutal e indiscriminada apertura comercial, se liberalizaron los mercados (aunque en la práctica se generó mayor concentración) y la extranjerización/destrucción de los sectores estratégicos. Montado en una expansión del consumo como la descripta, y bajo estas condiciones de apertura y abandono de los sectores productivos, los bienes transables comenzaron a ser desplazados por la importación, dando lugar a una estructura económica desarticulada, desindustrializada, con menor complejidad y menor contenido tecnológico.

En otros términos, durante los 30

años previos al fin de la convertibilidad, se deshizo gran parte de lo logrado en los 40 años anteriores; fundamentalmente en lo que respecta a los sectores estratégicos para el desarrollo. En este período, la participación de la industria en el PBI se redujo a un tercio de lo que era y generaba la mitad de puestos de trabajo, sin hacer mención de la cantidad y heterogeneidad de rubros, sectores y cadenas de valor que han desaparecido.¹ Sin dudas, la estructura productiva de comienzos de los '70, con sus debilidades y deficiencias, constituía una plataforma mucho más fértil y con mayores probabilidades de éxito que la actual para encarar una estrategia de desarrollo sustentable. La comparación de los diversos indicadores socioeconómicos en uno y otro momento da cuenta de ello. De alguna manera, esta es la

segunda conclusión importante que ha dejado la crisis internacional y con implicancias trascendentales para los países subdesarrollados: la liberalización del comercio y de los mercados en general, aún cuando puedan ser un fin “deseable” en

las etapas más avanzadas del desarrollo, no son condición necesaria para alcanzar dichas etapas. Es más, ello tiende a perpetuar la condición de subdesarrollo relativo.

Tal cual señala en sus recientes escritos el economista coreano Ha Joon Chang,² en línea con diversos autores de la historia Argentina como Marcelo Diamand, Aldo Ferrer y Jorge Schwarzer; todos los países hoy desarrollados han tenido un mismo denominador común: la protección y promoción de su industria, sobre la base de una decidida intervención estatal. Tanto Japón como Gran Bretaña, países “pobres” en recursos naturales, como Estados Unidos y Australia, con grandes dotaciones de tierras cultivables y otros recursos naturales, lograron alcanzar los mejores niveles de ingreso a través del desarrollo de la industria y su consecuente posicionamiento en la división internacional del trabajo. En los países que disponían de abundantes materias primas en relación a su población, por diversos

factores políticos y económicos inerciales, generalmente esto operó como una restricción al desarrollo al principio, pero luego lo potenció, una vez alcanzado el estadio mínimo de industrialización. En estos casos, incluso, podría lucir *a priori* más fácil debido a que existe la generación de recursos para financiar el cambio estructural necesario, sin la necesidad de generar mecanismos alternativos más allá de las fronteras. No obstante, en todos estos países, el pasaje de economías periféricas (subdesarrolladas) a centrales (desarrolladas) implicó una decisión política y social explícita de defensa y expansión del mercado interno y de la industria nacional.

Ello requirió una fuerte intervención del Estado en este sentido, combinando una minuciosa ingeniería de protección, promoción y planificación en el tiempo de la industria y de todos los sectores productivos, articulándolos en torno a un objetivo común: la generación de valor agregado local. En sus obras, Chang hace un repaso de los procesos de desarrollo experimentados en Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania y Japón entre otros, demostrando que dichos países han sido, en algún sentido, los pioneros del intervencionismo Estatal y los usuarios más intensos de la protección comercial y la promoción industrial. Esto también es cierto si se

compara aquél tipo de intervencionismo con el de los países más proteccionistas en la actualidad. Sin embargo, en el centro del discurso neoliberal que impulsa la globalización, existe la convicción de que el libre comercio, sospechosamente más que la libre movilidad de los factores de producción (capital y trabajo), es la clave para el desarrollo y el incremento del bienestar global.

Paradójicamente, aquellas políticas que estos países implementaron para desarrollarse hoy, son presentadas al mundo como equivocadas y contraproducentes, alimentando la creencia de que las naciones más atrasadas deben hacer exactamente lo contrario.

Paradójicamente, aquellas políticas que estos países implementaron para desarrollarse hoy, son presentadas al mundo como equivocadas y contraproducentes, alimentando la creencia de que las naciones más atrasadas deben hacer exactamente lo contrario.

No obstante, ello implica otra contradicción: durante el período en que los países subdesarrollados aplicaron políticas “malas” (1950-1980) crecieron mucho más rápido y obtuvieron más logros que en cualquier otro período.

Dice Chang³ al respecto, transcribiendo a Friedrich List,⁴ economista alemán del siglo XXI: “Una vez que se ha alcanzado la cima de la gloria, es una argucia muy común darle una patada a la escalera por la que se ha subido, privando así a otros de la posibilidad de subir detrás. (...) Para cualquier nación que, por medio de

aranceles proteccionistas (...) haya elevado su poder industrial (...) hasta tal grado de desarrollo que ninguna otra nación pueda sostener una libre competencia con ella, nada será más sabio que eliminar esa escalera por la que subió a las alturas y predicar a otras naciones los beneficios del libre comercio (...).”

En resumen, la actual crisis económica internacional se erige como una reafirmación de las fallas propias al sistema, fundado en los conceptos y recomendaciones que surgen de la ortodoxia neoliberal y, cuyas consecuencias en países como la Argentina, se hicieron visibles mucho antes. En consecuencia, el desarrollo sustentable para nuestro país debe basarse en el crecimiento y acumulación de la producción, de la denominada “economía real”, sobre la base de una firme decisión política que permita avanzar en una estrategia de rápida industrialización y diversificación de la economía Argentina, con especial hincapié en los sectores estratégicos para el desarrollo y con alto valor agregado. Hasta ahora, la historia ha dejado una suma considerable de experiencias erróneas –contrarias a la industrialización– y otro tanto de proyectos orientados en esta dirección pero por diversos motivos incompletos y/o insuficientes, estando aún hoy vigente la necesidad de avanzar en estos esquemas. ■

1. En base a estudios propios, INDEC y otras fuentes.

2. “Kicking away the ladder. Development strategy in historical perspective”, Ha Joon Chang (Anthem Press, 2002)

3. “Kicking away the ladder: The “real” history of free trade”, Ha Joon Chang (Diciembre 2003)

4. Friedrich List (6 de agosto de 1789 - 30 de noviembre de 1846) fue un

destacado economista alemán del siglo XIX al que a menudo se presenta como el padre de la teoría moderna de la “industria incipiente”. No obstante, Chang indica que fue Alexander Hamilton (político, economista y escritor estadounidense), en “Reports of Secretary of the Subject of Manufactures” (1791) quien presentó sistemáticamente por primera vez la defensa de este argumento.